

EL LABRIEGO

Año 38

Decano de la Prensa Manchega.
FUNDADO POR DON CEFERINO SAUCO DÍEZ

Núm. 11.920

DIRECTOR:
ARTURO SAUCO ARDILA

CIUDAD REAL 21 DE FEBRERO DE 1915

La correspondencia al Director.

ADMINISTRADOR:
JUSTO S. ESCRIBANO

LA CENIZA EN LA FRENTE

Tras las bacanales del Carnaval, llegan las austeridades del Miércoles de Ceniza. La careta es sustituida por el devocionario; el traje de la locura por la vestimenta de luto; la carcajada de la orgía por el rezo contrito de la penitencia. Acabado el momentáneo desenfreno de las pasiones terrenales, vuelve otra vez el imperio de las eternas verdades del cielo.

El templo, como un aprisco misericordioso, abre sus puertas para recoger todas las ovejas descarriadas. En sus naves dilatadas resuena el órgano como voz que eleva, ya dulce, ya tonante, al firmamento. Y para empezar la época de la abstinencia, del ayuno, de la oración, de todo lo que constituye la salud del alma y el avasallamiento de la carne, sella la religión la frente de los pecadores, con una cruz de ceniza.

¡Símbolo admirable de nuestra pequeñez y miseria!

«Eres polvo y en polvo habrás de convertirte». He aquí lo que nos dice el sacerdote recordándonos nuestro ineludible destino. He ahí la frase terrible que escuchamos cada año, al salir de las danzas carnavalescas y al ir á arrodillarnos ante los altares, pidiendo absolución á nuestras culpas.

Nada hay tan humilde como la ceniza. Nada hay tan altivo como la frente. Por eso la una se pone en la otra, cuando como en estos momentos, se trata de recordar al hombre su deleznable naturaleza.

La ceniza es el último término de todas las cosas. A un puñado de polvo quedan reducidos todos los seres, todas las bellezas, todas las sober-

bias. Mirad cuan linda es la flor, que parece desde su tallo, sonreír de orgullo. Creyérase al verla tan ufana, que dispone de una vida interminable, contra la que no puede nada ningún devstador elemento. Sin embargo, basta á la destrucción de tanta lozanía, un soplo de viento, un rayo de sol más ardiente que de ordinario; basta el menudo diente del gusano roedor; basta tan sólo el simple

transcurso de una tarde. Y á la mañana siguiente, la flor engreída pende marchita, rueda por el suelo, se confunde con el fango, se deseca y tritura, convirtiéndose en ceniza, que se esparce y se pierde por el infinito espacio. Y quien habla de la flor, habla de la mujer. Una y otra son idénticas en su fin y en su vida. El

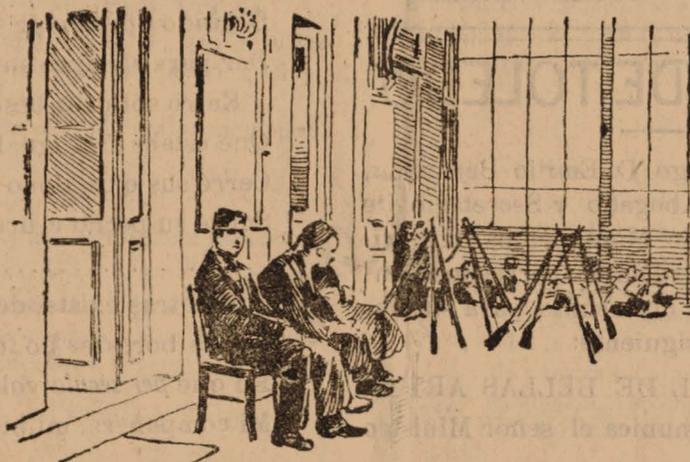
rostro más hermoso,

aquel rostro que atraía, con atracción de imán, el beso amoroso de todos los labios, llegará un día en que apartará de él ya descarnado y repugnante, todos los ojos. En él florecían las rosas y las azucenas más puras; al cabo de un tiempo, quizás muy breve, sólo habrá allí tristes despojos, huesos carcomidos, prestos á trocarse en el polvo de las tumbas.

Y como ante la muerte igualadora, no existen grandezas, bajo la misma inflexible ley de destrucción que aniquila la flor y la mujer, lo débil y lo bello, caerá todo lo grande, todo lo gigantesco, todo lo sublime. Y el trono y el palacio, el poderío y la gloria, no serán con el tiempo, sino humo, polvo, ceniza.

¡La ceniza en la frente! Sí; lo más bajo en lo más alto; lo que se barre y se arroja al muladar, en el sitio en que la vanidad humana se coloca las coronas. Y la religión, al practicar esta tan democrática como transcendental ceremonia, parece decir: «Tú, frente de rey, donde se esconden las ambiciones más desmedidas, humíllate, osien-

CUADROS DE LA GUERRA



Puesto de guardia en la estación de Saint Denis (París)